

un canto particular. Un canto melodioso y sonoro, que ha cruzado el aire puro de otoño. Un pájaro bobo emperador, desde una altura del témpano, nos daba el saludo de bienvenida á sus posesiones. Admirado é imponente nos contempla con no menos majestad que un emperador de carne y hueso, examinándonos tranquilamente en calidad de alto dignatario: era un soberbio animal. Se han medido ejemplares de esta especie que tenían 1,3 metros de alto. Su cuello es esbelto, y su pecho tan ancho, que el oficial más bien formado hubiera tenido celos al verlo; su pico es largo y ligeramente curvado, su lomo de color negro obscuro, así como también el exterior de las alas y la cabeza; por lo demás, es completamente blanco, con excepción de una mancha amarilla á los lados del cuello, que realza en alto grado la belleza del arrogante animal. Uno mismo se cree en cierto grado inferior ante la presencia de aquel sér formado con tan ideal perfección en aquellas regiones apartadas.

26 de febrero.—¡Nuevo contratiempo! Durante la noche hemos sido arrastrados hacia el sur otra vez, y nos encontramos á doble distancia de la isla Dundée que la noche anterior... y de la isla Paulet nos hemos alejado tanto, que perdemos la esperanza de saltar allí á tierra. Por lo que podemos ver, el hielo vuelve á unirse junto á dichas islas. Nos hemos acercado considerablemente á la isla de Rosamel. La impulsión parece ir ahora hacia el estrecho del «Antártico», donde se distinguen muchos claros de agua.

Quizás muy pronto no tendremos otro remedio que coger los botes, cargar en ellos todo lo que puedan llevar, abandonar el resto y bogar mientras nos queden fuerzas.

27 de febrero.—No eran más que las tres y media de la madrugada, cuando fuimos interrumpidos en nuestro dulce sueño con la noticia de que se había formado un claro muy grande hacia la isla Dundée. ¡Manos á la obra!

Pronto quedaron cargados los botes y la canoa, poniéndonos en camino. Nos dirigimos en seguida á la margen más cerca del claro, donde dejamos la carga. Queda algo hundida en el hielo flojo donde la hemos colocado y tememos vernos expuestos á que la mitad de nuestros efectos queden sepultados por completo, mientras pasamos por la parte más ancha del claro. Después se transportó el resto, y con éste nos fuimos directamente á la margen contraria. El bote en que yo embarqué, lo arreglamos para marchar á la vela. Un remo hizo las veces de palo, sujetamos á él un trozo de toldo, emprendimos la marcha y poco después llegábamos al punto de destino. Efectuamos la descarga sobre un témpano muy pequeño, pues no los había mayores. Allí quedamos algunos de nosotros á merced del más desleal de nuestros colaboradores, el hielo. Este empieza pronto á tornarse más y más inquieto. Allá dentro se ven una porción de glaciares, grandes y pequeños, unos tocando fondo y otros á flote. Al dar un paseo por el témpano, me apercibo de pronto que uno de los bloques viene hacia nosotros con suma rapidez. Ya se ve resplandecer bajo el agua su enorme base de forma completamente igual á la proa de un acorazado. El choque parece inevitable. Estamos por un momento decididos á llevar todos nuestros efectos al punto más consistente del bloque, pero pronto nos convencemos de que serviría de

bien poco. Si sobreviene una colisión, nuestro pobre é insignificante témpano quedará seguramente hecho pedazos. Llega el momento decisivo. Tiembla la mole, se oye cómo cruje, pero á eso queda reducido todo. El bloque de hielo pasó causando tan sólo una ligera rozadura á nuestro témpano. Apenas se había alejado, nos llegó la vez á nosotros, y somos arrastrados hacia una montaña enorme. El desastre parece inminente, pero de pronto varía la dirección un poco á un lado y quedamos á salvo.

Ya vuelven los botes con carga completa, tanto, que no se ven más que unas cuantas pulgadas de borda. Pero no nos queda otro remedio, hay que arriesgarse. Pasan junto á nosotros y se meten en el hielo, descargando las mercancías en un témpano, después de lo cual vienen á buscarnos.

Empieza á obscurecer y comienza la prisa. Arremetemos con todas nuestras fuerzas, debiendo ante todo varar la canoa en el hielo para evitar que se haga trizas. Con frecuencia está el hielo de tal manera, que nos vemos obligados á llevarlo todo nosotros mismos. Hemos de saltar sobre los trozos de hielo cargados con los sacos de dormir, y esta es una operación que forzosamente tiene que hacerse despacio. Después de un trabajo tan extremadamente rudo, nos acostamos cubriéndonos con las mantas que hemos conseguido salvar.

Larsen y la tripulación habían ordenado las provisiones y separado las que podían dejarse en caso de que no pudiésemos hacer más que un viaje á tierra. Los efectos de menos importancia consistían en una caja de avena, un saco grande de arroz, uno de guisantes, otro de judías de color, otro de café, etc. En vano insistió Larsen

para que dejásemos también la fragua, pues de ningún modo accedimos á desprendernos de ella.

28 de febrero.—Durante la noche tuvimos niebla, que continuó al hacerse de día, y no pudiendo á pesar de todos los esfuerzos, formarnos una idea exacta del estado del hielo, resolvimos no ponernos en camino hasta tanto que se hubiese despejado. A las siete y media dimos principio á los preparativos. La niebla se había disipado, y ante nosotros teníamos las islas de Paulet y Dundée; bien es verdad que no tan cerca como un par de días antes, pero estaban, sin embargo, á nuestro alcance. El hielo se había dispersado bastante, y esto nos infundía nueva confianza. Si no llegábamos directamente á tierra, lo que apenas nos atrevíamos á esperar, creíamos que no faltaría mucho.

Todos pensamos que llega el momento decisivo, y no nos permitimos descanso ni aun para tomar una taza de café, aunque comprendemos que nos sentaría muy bien con el frío de la mañana. Ninguno de nosotros quisiera desprenderse de nada, y cargamos los botes hasta dejarlos tan hundidos, que el más ligero movimiento podría llenarlos de agua. El más insignificante vaivén cuando estemos á bordo, podrá perdernos. No hay posibilidad de que un bote pueda salvar al otro. Después reunimos todo lo que no hemos de llevarnos, formamos un montón, y para distinguirlo colocamos junto á él una caña de bambú con una bandera sueca. Los sacos de dormir y los de las ropas ocupan tanto espacio, que resulta penoso remar, y sólo poniendo muchísimo cuidado podemos hacer el movimiento del remo.

¡Listos para partir! Lentamente emprendemos la marcha; son las ocho y cuarenta minutos. Parece que ape-

nas adelantamos nada. Bogamos más y más contra una fuerte corriente de proa, pero debemos ir adelante, no hay otro remedio. A pesar de todo notamos que la corriente nos conviene, por cuanto va separando el hielo de tierra. Un paso tras otro se abre ante nosotros y los negros picos de la isla Paulet se aproximan más y más. —«Ya puedo ver un pájaro sobre un montón de piedras» — dice uno. En tal caso debemos estar muy cerca. Se percibe un ligero olor á guano. Vamos surcando muy despacio una extensión de agua libre de hielo, cerca de la costa. Las fantásticas torres y chapiteles de la isla se reflejan en la agitada superficie. La orilla parece de difícil acceso; pero sabemos desde hace tiempo que por el otro lado hay un desembarcadero magnífico. Ya doblamos el cabo y se presentan á nuestra vista las tan conocidas colinas. Los pájaros bobos chillan y alborotan. Seguramente no les gusta que lleguen conquistadores que no se conducen con muchos miramientos. ¡Qué impresión sentimos cuando los botes empiezan á tocar fondo! ¡Qué satisfacción y qué felicidad experimentamos después de dieciséis días de batallar con los elementos al poner de nuevo los pies en tierra firme! Este triunfo nos infunde bríos más que suficientes para continuar nuestra obra por encima de todo y no perder la esperanza.



Isla de Paulet.—(X Choza invernal).

CAPITULO XXV

Ropas y alimentos, casa y hogar

ESTÁBAMOS bastante cansados cuando llegamos, después de seis horas y media de remar sin interrupción ni probar bocado desde la noche anterior. Sin embargo, no nos pudimos permitir ningún rato de descanso, sino que, en seguida, tuvimos que empezar á transportar todos los efectos, pues nos hallábamos en la marea baja. Un par de horas después habían conseguido los cocineros hacer la comida, que fué notable. No en cuanto á su composición, toda vez que consistía únicamente en carne adobada, café, manteca y galletas de barco, sino por ser la última vez que comíamos carne de la que nuestros cazadores nos habían proporcionado; la última vez que poníamos azúcar al café y la última vez también que podíamos tomar la manteca y el pan que quisiésemos. Experimentábamos un gusto especial al poner el azúcar en la taza... yo me eché doble cantidad de terrones que de ordinario, aunque por regla general no tomo muchos.

La playa en que varamos los botes no es muy ancha,